

Mi historia como maestro de preparatoria

Iosafat Gaytán García

Fue un día de tantos que se han sucedido y otro de tantos que están por sucederse. Tanto café me está cocinando las tripas, tanto café me está generando una escasez de sueños, pero tengo que preparar la clase de mañana, prepararme mentalmente para dar la mejor versión profesional de mí mismo. Se filtra el ronquido de la ausencia por las resquebrajaduras del adobe, cada velada me enseño a resistir un poco más. Me pregunto, ¿de qué le sirve un maestro descompuesto a este cúmulo de seres en preparación que me ofrenda toda su fe? Bueno, tengo que componerme a solas, rehacerme cada noche para que, cuando la alarma trine al amanecer y me advierta que la jornada empieza, pueda hacerme cargo de la enseñanza de la literatura, responsablemente y de buena gana. Es cierto que las dificultades se empeñan por acobardarme y hacerme sentir inservible de pronto, y es también cierto que por voluntad propia pedí la oportunidad de venir a enseñar a este pueblo, por mera pasión humanitaria a compartir conocimientos en los lugares privados de oportunidades y a las personas que buscan aprender más allá de la vida rural cuyas limitaciones les obligan a padecer la suerte de existir al margen de la ignorancia.

Les he traído libros, la luz bondadosa de un escondite ficcional, la aventura emocional dentro de un tejido de versos; les he traído lo que compone no sólo mi formación intelectual, sino fragmentos elementales de mi microcosmos, porque soy un ser compuesto de páginas en las que se cifra en palabras la realidad quimérica o la realidad objetiva llena de desencanto. ¿Qué más puede regalar al mundo, a los demás, alguien que solo tiene libros? De a poco les he ido entregando pedazo por pedazo ese modesto obsequio, con la intención de hacer que los aprendices hereden mis antiguas pretensiones de ser libre. «Lean para ser libres», les recuerdo siempre. Pero es difícil. Por poco me convierto en un desertor, cuando veo que mi cartera alberga pelusas en un hueco insondable; y es ahí cuando recuerdo que no emprendí esta aventura por caprichos monetarios, y resisto. Vuelvo al cuarto de adobe a buscar consuelo en el abrazo tibio de la cama, pero la soledad en la que se mece el leve fuego de la vela me da miedo; es entonces cuando recuerdo haber estado de acuerdo en sacrificar las horas de compañía por venirme al pueblo a acompañar la formación de otros, y ser esa vela encendida en el aula, frente a ellos. Ese grillo no respeta mi silencio, a medianoche vuelve con su arrogante serenata, raspa sus miembros con alevosía. Me levanto del colchón

henchido de frustración y lloro la lejanía de mi perro, luego recuerdo que, al salir del salón una vez finalizada la clase, me interceptó esa persona, cargando en su rostro el esbozo de una sonrisa llena de satisfacción y agradecimiento.

«Me fascinó el tema de hoy, maestro. Gracias», me dijo.

La pasión que percibí en aquella enunciación me hizo querer quedarme, al menos un día más, a propósito de volver a hacer posible ese pequeño gran logro. No por mí, por aquella persona, por aquellos personajes que se empeñan en comprender lo que les expongo. A veces comienzo el discurso y desaparezco. El aula se convierte en un campo adornado por voces de golondrinas recitando; me veo predicando lluvias a retoños campestres, vaciando el rocío del albor en las hojas ilusas de las flores. Hablo como si estuviera hablando conmigo mismo, con una proyección de mis ayeres, porque enseñar con amor retiene en sí un misticismo. Lo pienso con detenimiento y, más que amor a enseñar, es amor a que aprendan otros, a donar conocimientos en servicio de los demás. Hoy los hice escribir un poema. Leí luciérnagas dibujando diademas de plata azul sobre la noche del mundo, leí resurrecciones de estrellas sonámbulas, cantos al maíz y a las aguas que dormitan en los pozos de los corrales. Alguien escribió los ojos vivos de un espantapájaros, alguien más le puso alas de barro a su perro. El más pobre de todos se pintó un momento de existencia navegando en la falda blanca de un oleaje fraterno, porque no sabe cómo es el mar, pero cuando sale a trabajar en la cosecha, voltea al cielo por instantes pausados y se imagina flotando en las solemnidades del agua fría.

«Maestro, no he ido nunca al mar, pero le escribí este poema», dijo.

Yo no conocía el campo, pero alguien me enseñó a escribirle a la tierra, al sol y al sembradío. Y lo agradezco.

Sonríó amablemente y doy los buenos días con la misma energía de ese primer día de clases. Por dentro quiero salir corriendo, o salir volando como los pá-

jaros del monte. La ventana está abierta, me acerco discretamente, cuando menos se den cuenta me iré por encima de los tejados. De pronto se me acerca alguien:

«Mientras limpiábamos frijol para la comida, le platicué a mis abuelos que usted me enseñó a escribir relatos. Les leí el de la lechuza que cantaba como gallo y les gustó tanto que me van a dejar ir a la ciudad a un taller. Un fin de semana nada más, porque no hay tanto dinero en casa. Le mandan muchos saludos y dicen que gracias por lo que hace usted con los alumnos».

Siento rastrojo tras los párpados. Me inclino a ver las hormigas en hilera pasando por en medio del salón. Desde luego que esa magia en su relato puede llevarla a los mejores talleres de la ciudad, tiene un genio vivo para las letras. Lamento a veces querer salir volando, de haberlo hecho, ella se hubiese quedado a tejer rebozos para su abuela, se hubiese quedado a limpiar frijoles y a ver el horizonte como un cofre secreto resguardando mundos alternos que nunca pensó que fueran estar a su alcance. Ese relato de la lechuza es un encanto artístico. Qué bueno que no salí volando.

Estoy cansado, extraño a mi perro. Pero me quedo, por lo menos un día más. Quiero enseñarles a bailar con las palabras. Me escuchan con atención mientras les cuento sobre el simbolismo en composiciones de occidente. Se dan cuenta de que pueden esconder sus ideas en laberintos endecasílabos o en la forma soberana de un verso libre. Más de uno ha empezado a escribir un diario haciendo uso de las figuras retóricas; más de uno está escribiéndole al coyote que se roba las gallinas, al caballo que huele a humo de leña, a los labios manchados de polvo, al caballo que presta su lomo y camina junto al valle. «Quisiera escribir un libro», me dijo. «Pero mi papá dice que me deje de juegos y mejor me vaya al otro lado a pintar casas». El papá no entiende que para su cría la literatura es una casa de más de un color, una casa sin techo que apunta directamente al pecho viejo del cielo. Ojalá a ese soñador lo secuestre un coyote

con alas y se lo lleve antes de que se le pudran los sueños en la milpa donde se esconde a escribir su libro. Me doy cuenta de que tengo que esforzarme más, aunque algún tutor piense que estoy pervirtiendo a sus hijos con los textos que les presto.

El café me está mordiendo las tripas. Pero la clase de mañana es importante, leerán en voz alta un cuento sobre la libertad, se los dejé de tarea. Ya imagino la tertulia encantadora que tendremos, casi puedo escuchar cómo evocan edificios de nieve, arrecifes en la playa, collares que los hacen invisibles para poder cruzar la arbitrariedad de sus tutores sin ser vistos. Casi escucho cómo narran la ocasión hipotética en la que se convirtieron en veleros al viento y se escaparon por la escarcha de las nubes en dirección a la incertidumbre, pero con el triunfo como remo, y la idea loca y verosímil de haber hecho realidad la ilusión de abandonar su hogar para encontrarse a ellos mismos. Hay que extraviarse en las llanuras del acaso.

A veces quiero exiliarme de la labor, dejar inconclusa la odisea cotidiana. Cuando el grillo deje su arrogante serenata que me mantiene despierto, cuando me explote el estómago, sobre todo cuando ese libro esté escrito y esa libertad emigre a las llanuras del acaso, entonces me voy.